LLAMADME JOE

Publicado originalmente en el número de abril de 1957 de la revista Astounding, este relato, reconocido como uno de los mejores de su autor, ha merecido figurar en la antología «The Science Fiction Hall of Fame», la monumental selección de Ben Bova que recoge las obras maestras de la SF anglosajona, dentro de su apartado de novelas cortas. Es, también, uno de los más fieles exponentes del «estilo Campbell» que presidía por aquel entonces las páginas de la revista Astounding: un fondo científico irreprochable, un interés cautivante, y una originalidad fuera de toda duda. En suma, un regalo exquisito para todos los amantes de la hará SF, con una ambientación y unas descripciones del extraño y fascinante mundo de Júpiter muy pocas veces igualadas.

© 1957 by Street & Smith Publicalions, Inc.
Titulo original: CALL ME JOE
Traducción de César Terrón

El vendaval, que venía de las tinieblas orientales, arrastraba ante él una polvareda de amoníaco. En cuestión de minutos, Edward Anglesey quedó cegado.

Aseguró los cuatro pies en los rotos y sucios cascos, se inclinó, y buscó a tientas su pequeño fundidor. El viento golpeaba su cráneo como una música necia. Algo le azotaba toda la espalda, agolpándole la sangre, un árbol arrancado de cuajo y lanzado a kilómetros de distancia.

Empezó a relampaguear, muy lejos, por encima de donde las nubes bullían en la noche.

Como réplica, los truenos resonaron en las montañas heladas y una pequeña llamarada roja apareció; con gran estruendo, una ladera se desparramó a lo largo del valle. La tierra tembló.

Explosión de sodio, pensó Anglesey ante el retumbante ruido. Rayos y relámpagos le dieron luz suficiente para buscar su aparato. Levantó las herramientas con manos vigorosas, su cola empuñó la cubeta y recorrió pesadamente el camino hacia el túnel y su refugio subterráneo.

Este poseía paredes y techo de hielo, agua congelada por la ausencia total de sol y comprimida a una presión elevadísima. Ventilada a través de un pequeño orificio, una lámpara de aceite vegetal quemando hidrógeno proporcionaba una débil luz a la única habitación.

Anglesey, jadeando, tendió su negroazulado cuerpo en el suelo. Maldecir la tormenta no servía de nada. Estos ventarrones de amoníaco ocurrían a menudo al anochecer, y no había nada que hacer sino aguardar. En cualquier caso, estaba cansado.

Amanecería en unas cinco horas o así. Había esperado fundir una hoja de hacha, la primera, esta tarde, pero quizá, fuera mejor hacerlo a la luz del día.

Agarro de una estantería un decápodo muerto y comió cruda la carne, deteniéndose de vez en vez para dar grandes sorbos de metano líquido de un recipiente. Las cosas mejorarían cuando tuviera herramientas adecuadas; hasta ahora todo había sido hecho penosamente, empleando uñas y dientes, a

veces trozos de hielo, y todos los residuos, débiles y ruinosos, que quedaban de la nave espacial. Dadle un poco de tiempo y viviría como debía.
Suspiró, bostezó, y se acostó para dormir. A unos ciento ochenta mil kilómetros de distancia, Edward Anglesey se quitó el casco.
Miró alrededor, parpadeando. Tras abandonar la superficie de Júpiter, siempre le extrañaba encontrarse aquí otra vez, en la limpia y ordenada sala de mando.
Le dolían los músculos, pero eso era imposible. Realmente, él no había estado luchando contra un huracán de cientos de kilómetros por hora, bajo tres gravedades, y a una temperatura de ciento treinta y tres grados bajo cero. Había permanecido aquí, bajo el influjo casi inexistente de Júpiter V, respirando nitrilo. Era Joe quien vivía allí lejos y quien llenaba sus pulmones con hidrógeno y helio a una presión que sólo podía ser estimativa, porque rompía los barómetros y descomponía los instrumentos piezoeléctricos.
A pesar de todo, se sentía cansado y golpeado. Tensión psicosomática, sin duda. No en vano, durante varias horas, había sido, en cierto sentido, Joe. Y Joe estuvo trabajando duramente.
Con el casco fuera, Anglesey mantenía únicamente una ligera identificación. El proyector aun estaba conectado al cerebro de Joe pero no al suyo en alguna parte oculta de su mente sentía una indescriptible sensación de sueño. De vez en cuando, formas y colores difusos atravesaban la débil oscuridad: ¿Sueños? No era imposible que el cerebro de Joe soñara un poco cuando la mente de Anglesey no lo utilizaba.
Una luz roja se encendió en el tablero de mandos, y un timbre anunció alarma electrónica. Anglesey maldijo. Dedos ligeros se movieron sobre los mandos de su silla, se volvió y observó los indicadores. Sí ¡El osciloscopio fluctuando de nuevo! El circuito se apagó. Arrancó la pantalla con una mano y tanteó en un cajón con la otra.
Pudo sentir en su mente el contacto con el desvanecido Joe. Si alguna vez lo perdía por completo, no estaba seguro de poder recobrarlo. Y Joe era una inversión de varios millones de dólares y de muchos años de especialización. Anglesey extrajo el culpable oscilador y lo lanzó contra el suelo. El vidrio reventó. Aquello le tranquilizó un poco, lo suficiente para encontrar un repuesto, insertarlo y conectarlo de nuevo. Cuando el aparato volvió a funcionar, otra vez amplificando, el Joe en los oscuros recovecos de su mente se fortaleció.
Luego, el hombre abandonó lentamente la sala en la silla de ruedas eléctrica, en dirección al vestíbulo. Que otro barriera los restos del osciloscopio. Al infierno con él. Al infierno con todo el mundo.
Jan Cornelius no había estado nunca más lejos de la Tierra que en alguna agradable visita a la Luna. Le molestó mucho que la Psionics Corporation le eligiera para un exilio de trece meses. El hecho de que el supiera tanto sobre proyectores mentales y sus destartaladas entrañas como ningún otro hombre vivo no era excusa. ¿Por qué enviar a nadie? ¿A quién le importaba?
Obviamente a la Dirección de la Federación Científica. Ellos habían dado, al parecer, un cheque en blanco a cargo de la cuenta del contribuyente a aquellos barbudos ermitaños.
Así murmuraba para sus adentros Cornelius durante todo el largo trayecto hiperbólico a Júpiter. Luego las bruscas aceleraciones de aproximación a su satélite más cercano le dejaron demasiado aturdido para seguir lamentándose. Y cuando finalmente, poco antes del desembarque, echó una mirada a Júpiter, no dijo una sola palabra. Nadie lo hacía la primera vez.

Arne Viken esperó con paciencia mientras Cornelius observaba fijamente. También me atrae todavía, recordó. Por el cuello; a veces me da miedo mirar. Al fin Cornelius se giró. Tenía una leve apariencia joviana él mismo, siendo un hombre gordo forzado a llevar faja.
—No tenía ni idea —murmuró—. Nunca pensé... Había visto fotos, pero...
—Le comprendo, doctor Cornelius —asintió Viken—. Las fotos no lo dan a entender.
Desde donde estaban, podían ver la oscura y agrietada roca del satélite, amontonada un breve trecho tras la pista y luego claramente tronchada. Esta luna apenas era una plataforma, parecía, y las constelaciones fluían fuera de ella, a su alrededor. Júpiter se extendía ocupando una quinta parte de ese cielo, silenciosamente, cruzado por bandas de colores, moteado con las sombras de gigantescas lunas y con torbellinos tan anchos como la Tierra. Si no existiera la gravedad, Cornelius habría pensado instintivamente, que el gran planeta le estaba cayendo encima. Pero existía, y parecía tirar de él hacia arriba; sus manos estaban aún doloridas desde que se había agarrado a una barandilla para sostenerse.
—Usted vive aquí... ¿solo... con esto?
—preguntó con voz débil.
—Oh, bueno, hay en total unos cincuenta de nosotros, y congeniamos mucho —dijo Viken—. No es tan malo. Se firma por cuatro ciclos, cuatro llegadas de naves, y lo crea o no lo crea, doctor Cornelius, este es mi tercer alistamiento.
El recién llegado se abstuvo de inquirir más detalles. Había algo incomprensible en los hombres de Júpiter V. La mayoría eran barbudos, aunque cuidadosos en su aseo; parecía un sueño contemplar sus movimientos a baja gravedad; eran parcos hablando, como reservando su conversación para el año y un mes de intervalo entre dos naves. Su existencia monástica les había cambiado... ¿o es que hicieron un equivalente al voto de pobreza, castidad y obediencia, debido a que nunca se habían sentido perfectamente en casa en la verde Tierra?
¡Trece meses! Cornelius se estremeció. Iba a ser una larga y fría espera; el sueldo y las bonificaciones que acumularían eran un escaso consuelo ahora, a setecientos millones de kilómetros del Sol.
—Maravilloso lugar para hacer investigaciones -continuó Viken—. Todas las facilidades, los mejores compañeros, sin distracciones... y, por supuesto... —Levantó su pulgar hacia el planeta y lo volvió a bajar.
—Es muy interesante, no hay duda —continuó Cornelius. Para él era una situación embarazosa—. Fascinante. Pero realmente, doctor Viken, traerme aquí y hacerme esperar un año la siguiente nave... cuando quizá haga el trabajo en unas pocas semanas...
—¿Está seguro de que eso es tan sencillo? —preguntó amablemente Viken. Su rostro giró mirando a su alrededor, y hubo algo en sus ojos que hizo callar a Cornelius—. En el tiempo que llevo aquí, todavía no he visto ningún problema, simple o complejo, que al analizarlo la solución no se convierta aún en más complicada.
Atravesaron la compuerta de aire de la pista y el pasillo que la unía con la entrada de la estación. Casi todo era subterráneo. Habitaciones, laboratorios, incluso vestíbulos, tenían un cierto grado de suntuosidad... ¡hasta había un hogar con fuego real en la sala común! ¡Sólo Dios sabía cuánto costaba eso! Pensando en el inmenso y frío vacío donde pendía el planeta rey, y en su

propia sentencia de un año, Cornelius decidió que tales lujos eran ciertamente necesidades biológicas.
Viken le mostró un dormitorio agradablemente provisto que sería el suyo.
—Iremos a buscar su equipaje enseguida, y descargaremos sus instrumentos. En este momento, todo el mundo está hablando con la tripulación de la nave o leyendo su correspondencia.
Cornelius asintió y se sentó. La silla, como todo mueble de baja gravedad, era un simple armazón largo y delgado, pero sostenía su peso muy confortablemente. Buscó dentro de su túnica, esperando que el otro hombre siguiera haciéndole compañía durante un rato.
—¿Un cigarrillo? Los traje de Amsterdam.
—Gracias —Viken aceptó no muy ilusionado, cruzó sus espigadas piernas y lanzó al aire parduscas volutas de humo.
—Ah... ¿está usted al cargo de esto?
—No exactamente. Nadie lo está. Tenemos un administrador, el cocinero, para ocuparse de cuantos pequeños trabajos de ese tipo surjan. No lo olvide: Esta es una estación de investigación bajo todos los conceptos.
—Entonces, ¿cuál es su trabajo?
—No pregunte a nadie más tan bruscamente, doctor Cornelius —advirtió ceñudo Viken—. Prolongarían la charla más bien todo lo posible con cada recién llegado. Es raro encontrar a alguien que no haya reaccionado así... No, no se disculpe. No tiene importancia. Soy un físico, especializado en el estado sólido a presiones ultra elevadas. —Miró hacia la pared—. Ello abunda para la observación... ¡allí!
—Comprendo. —Cornelius fumó tranquilamente un momento. Luego prosiguió—. Se supone que soy el experto en psiónica, pero, con franqueza, hasta ahora no tengo la menor idea de por qué su máquina se comporta como informaron.
—¿Se refiere a que esos... osciladores son estables en la Tierra?
—Y en la Luna, Marte, Venus... En todas partes, aparentemente, excepto aquí.
—Cornelius se alzó de hombros—. Por descontado, los destellos parapsicológicos son siempre inestables, y algunas veces se consigue una realimentación cuando... no. Reuniré los hechos antes de teorizar. ¿Quienes son parapsicólogos aquí?
—Sólo Anglesey, que en absoluto está formalmente entrenado. Pero se dedicó a eso después de quedar lisiado, y mostró tal aptitud que lo embarcaron hacia aquí cuando se presentó voluntario. Es muy difícil conseguir gente para Júpiter V, de forma que no somos muy exigentes en cuánto a títulos. Con todo, Ed parece estar trabajando con Joe tan bien como podría hacerlo un doctor de carrera.
—Ah, sí. Su pseudojoviano. Deberé examinar ese aspecto muy cuidadosamente también —dijo Cornelius. A su pesar, se estaba interesando—. Quizá el problema proceda de algo relacionado con la bioquímica de Joe. ¿Quién sabe? Le explicaré un pequeño secreto cuidadosamente guardado, doctor Viken: la psiónica no es una ciencia exacta.
—Ni lo es la física —sonrió el otro hombre. Después de un momento, prosiguió más seriamente—: En cualquier caso, no lo es mi rama de la física. Espero convertirla en exacta: Por eso estoy aquí, y por eso están todos los demás.

Edward Anglesey producía un ligero sobresalto la primera vez que se le vela. Era una cabeza, un par de brazos, y una desconcertantemente intensa mirada azul. El resto era simple detalle, adosado a una silla de ruedas.
—Biofísico en principio —había dicho Viken a Cornelius—. Estudiaba esporas atmosféricas en una estación de la Tierra cuando aún era joven... El accidente lo aplastó, nada por debajo de su tórax podrá funcionar nunca de nuevo. Un carácter agrio, debe tenerlo en cuenta.
Incómodamente sentado en un taburete en la sala de mando del proyector mental, Cornelius comprobó que Viken estaba muy en lo cierto.
Anglesey comía mientras hablaba, toscamente, restregando sus manos en los brazos de la silla.
—Ha de ser así —explicó—. Este estúpido lugar tiene la hora oficial de la Tierra, GMT. Júpiter no. Debo estar aquí cuando Joe despierte, preparado para posesionarme de él.
—¿No puede turnarse con alguien?—preguntó Cornelius.
—¡Bah! —Anglesey pinchó un trozo de carne y lo agitó hacia el otro hombre. Como su lengua natal, podía hablar inglés, el idioma oficial de la estación, con una ferocidad sin límites—. Escuche: ¿Nunca ha practicado acecho terapéutico? No me refiero sólo a audición, ni tampoco a comunicación, sino a un control pedagógico efectivo.
—No, no. Ello exige un cierto talento natural, como el suyo. —Cornelius se sonrió. Su pequeño halago no provocó ninguna respuesta en las marcadas facciones del rostro que estaba frente a él—. Entiendo que habla usted de casos como... ¿reeducar el sistema nervioso de un niño paralítico?
—Sí, sí. Muy buen ejemplo. ¿Ha intentado alguien suprimir la personalidad del niño, posesionarse de ella, en todo el sentido literal?
—¡Buen Dios, no!
—¿Siquiera como un experimento científico? —Anglesey hizo una mueca burlona—. ¿Ningún operador proyectista ha vaciado nunca el contenido del cerebro del niño y lo ha rellenado con sus propios pensamientos? Adelante, Cornelius, hable sin temor.
—Bien... eso está fuera de mi campo, ya lo sabe. —El psionicista apartó un momento la mirada y adoptó una expresión evaluativa—. Yo... he oído algo sobre... Bien, sí, hubo intentos en algunos casos patológicos especulando... con la ruptura por la fuerza de las ilusiones de los pacientes...
—Y no resultó —dijo Anglesey. Rió—. No puede resultar, ni con un niño ni mucho menos con la personalidad completamente desarrollada de un adulto. Se empleó una década, si no más, en perfeccionamientos, antes de que la máquina estuviera desarrollada hasta tal punto que un psiquiatra pudiera «escuchar» sin estar sometido a la diferencia normal de su forma de pensamiento y la del paciente: Sin que esa diferencia interfiriera la verdadera cosa que él quería estudiar. La máquina debe hacer compensaciones automáticas de las diferencias entre individuos. Todavía no podemos relacionar las diferencias entre las especies.
»Si cualquier persona está deseosa de colaborar, poco a poco se puede guiar su pensamiento. Y eso es todo. Si se intenta gobernar otro cerebro, un cerebro con su propia experiencia acumulada, su propio ego, se arriesga la propia cordura de uno mismo. El otro cerebro se resistirá instintivamente. Una personalidad completamente desarrollada, madura, sólida, es demasiado compleja para gobernarla exteriormente. Tiene muchos recursos, muchos

demonios a los que el subconsciente puede llamar en su defensa si ve su integridad amenazada. Si ni siquiera podemos dominar nuestras propias mentes, muchacho, ¡dejemos tranquilas las de los demás!
La voz resonante de Anglesey calló. Relajado ahora, acarició el cuadro de mandos, dando palmaditas.
—¿Entonces? —preguntó Cornelius pasado un rato.
Probablemente no debería haber hablado. Pero era difícil quedarse callado. Demasiado silencio allí, a setecientos millones de kilómetros del sol. Cinco minutos seguidos con la boca cerrada y el silencio se convertía en oscuridad.
—Entonces —repito burlón Anglesey—, nuestro pseudojoviano, Joe, tiene un cerebro físicamente adulto. La única razón por la que puedo controlarlo es que su cerebro nunca ha tenido la oportunidad de formar su propio ego. Yo soy Joe. He estado allí desde el momento en que «nací» a la conciencia. Los impulsos parapsicológicos me proporcionan todos sus datos sensoriales y le envían a él mis estímulos nervomotores. Sin embargo, tiene un cerebro excelente y sus células recuerdan cualquier traza de experiencia, incluso como la suya y la mía; sus células nerviosas han adquirido la configuración que define mi "carácter personal".
«Ninguna otra persona que lo poseyera descubriría que mediante eso estaba, al mismo tiempo, haciendo un intento para desposeerme de mi propio cerebro. Eso no puede hacerse. Para estar seguro, Joe tiene solamente un conocimiento limitado de los recuerdos de Anglesey. Por ejemplo, no le repito teoremas trigonométricos mientras lo controlo... Pero sabe lo suficiente para tener, potencialmente, una personalidad distinta.
»Es un hecho. Cuando quiero que se despierte debo desarrollar un cierto esfuerzo (normalmente hay un ligero retraso entre mis percepciones parapsicológicas normales y las que obtengo una vez me he ajustado el casco). Siento casi una... una resistencia hasta que sincronizo sus corrientes mentales y las mías. Cuando está soñando, simplemente es una experiencia muy diferente a... —Anglesey no se preocupó en terminar la frase.
—Comprendo —murmuró Cornelius—. Sí, es muy claro. De hecho, es asombroso que pueda tener un contacto así con un ser de metabolismo tan extraño.
—No podré seguir haciéndolo —dijo sarcásticamente Anglesey—, a menos que usted arregle lo que quema esos osciloscopios. No tengo un suministro ilimitado de repuestos.
—Tengo algunas hipótesis —dijo Cornelius—, pero se conoce muy poco sobre transmisión de impulsos parapsicológicos: ¿La velocidad es infinita o simplemente muy grande? ¿La fuerza del impulso es efectivamente independiente de la distancia? ¿Qué sabemos sobre los posibles efectos de transmisión a través de la deformada materia del núcleo de Júpiter? ¡Buen Dios, un planeta donde el agua es un mineral pesado y el hidrógeno un metal! ¿Qué sabemos?
—Se supone que vamos a descubrirlo —estalló Anglesey—. Todo este proyecto es para eso. Conocimiento. ¡Tonterías! —Estuvo a punto de escupir en el suelo—. Lo poco que sabemos, aparentemente ni; siquiera se ha conseguido gracias a la gente. El hidrógeno es aún gaseoso donde vive Joe. Debería profundizar algunos kilómetros para obtenerlo en su fase sólida. ¡Y estoy a la espera de hacer un análisis científico de las condiciones de Júpiter!

Cornelius le dejó proseguir. Mientras pasaba la tormenta volvió a pensar para sus adentros en el problema de las fluctuaciones del oscilador.
—No lo entienden en la Tierra. Ni siquiera aquí. A veces pienso que no quieren entenderlo. Joe está allí con sus manos desnudas y poco más. El y yo partimos de un conocimiento no superior al que probablemente pueda tener cualquiera. El debe utilizar casi todo su tiempo buscando alimento. Es un milagro que haya llegado tan lejos como lo ha hecho en estas pocas semanas: Hizo un refugio, de acuerdo con las características de la zona inmediata, se inició en metalurgia, hidrología o como quiera llamarla...¿Qué más hay que hacer?
—Sí, sí —musitó Cornelius—. Sí, yo...Anglesey levantó su huesuda cara. Algo impresionó sus ojos.
—¿Qué...? —empezó a decir Cornelius.
—¡Silencio! —Anglesey movió rápidamente la silla adelante, buscó el casco y se lo colocó—. Joe despierta. Váyase de aquí.
—Pero si no me deja trabajar más que cuando duerme, ¿cómo puedo...?
Anglesey gruñó y le lanzó una llave inglesa. Fue un golpe débil, incluso en baja gravedad. Cornelius se retiró hacia la puerta. Anglesey estaba ajustando el proyector cuando bruscamente se apartó.
—¡Cornelius!
—¿Qué ocurre? —El psionicista intentó volver atrás, demasiado aprisa, y resbaló, yendo a parar contra el tablero de mandos.
—El osciloscopio de nuevo. —Anglesey se quitó el casco. Su cabeza debía estar a punto de reventar, soportando en su cerebro aquellos sonidos agudos incontrolados y amplificados, pero no lo denotó cuando volvió a hablar—. Reemplácelo —dijo a Cornelius—. Deprisa. Luego vayase y déjeme solo. Algo se arrastró conmigo en el refugio: ¡Estoy en apuros allí!
Había sido un duro día de trabajo y Joe se durmió pesadamente. No se despertó hasta que las manos le apretaron la garganta.
Por un momento sólo sintió una asfixiante y alocada ola de pánico. Pensó que había vuelto a la Estación de la Tierra, flotando a gravedad cero al final de un cable con infinidad de estrellas rodeando el planeta ante él. Pensó que el gran impulso Yo había roto sus amarras y se dirigía hacia él lentamente pero con toda la inercia de su insensible mole, girando y reflejando la luz de la Tierra, y se oyó chillando y chillando en su casco intentando separarse del cable el impulso le empujó tan suavemente como nunca pero le retuvo en movimiento se trasladó con él estaba aplastado contra la pared de la estación cayó de bruces su destrozada ropa echaba espuma por la boca cuando intentaba rematar su yo herido había sangre mezclada con la espuma su sangre Joe rugió.
Su reacción convulsiva arrancó las manos de su cuello y lanzó una forma oscura contra la pared del refugio, que retumbó con el golpe. La lámpara cayó al suelo y se apagó.
Joe permaneció a oscuras, respirando con dificultad, sabiendo de una forma vaga que, mientras dormía, la respiración había pasado de un grito agudo a un débil gemido. La cosa que había lanzado gruñó de dolor y se arrastró a lo largo de la pared. Joe escuchó en la oscuridad.
Oía algo más. ¡El túnel! ¡Venían por el túnel! Joe anduvo a ciegas para encontrarlos. Su corazón latía apresuradamente y su nariz percibió una fetidez extraña.

La cosa que apareció, cuando las manos de Joe la atraparon, tenía sólo la mitad de su tamaño, pero con seis monstruosas garras y un par de manos de tres dedos que intentaban llegar hasta sus ojos. Joe renegó, lo levantó al tiempo que lo retorcía y lo arrojó contra el suelo. Aquello chilló mientras oía como se le rompían los huesos.

—¡Adelante, vamos! —Joe arqueó su espalda y les escupió, como un tigre amenazado por orugas gigantes.

Surgieron del túnel y llegaron a la habitación; una docena de ellos, mientras Joe peleaba con uno al que colocó sobre sus hombros clavando sus garras en el sinuoso cuerpo. Los demás estiraban sus piernas intentando trepar sobre su espalda. Les golpeó con sus garras, con su cola, se revolvió y cayó bajo un montón de ellos; al levantarse aún los llevaba colgando.

Le dominaban en la oscuridad. Uno de ellos, el que movía las patas más agitadamente, golpeó la pared del refugio, que tembló; una viga se había roto y el techo se desplomó. Anglesey se encontró en un pozo, entre placas de hielo roto, bajo la pálida luz de un Ganímedes menguante.

Pudo ver entonces que los monstruos eran de color negro y que poseían cabezas lo bastante grandes como para albergar cerebro, menor que el humano pero mayor quizá que el de los monos. Tenían trazas de éstos, luchaban bajo los escombros y venían hacia él con la misma aguda picardía.

¿Por qué?

Reacción mandril, pensó Anglesey en alguna parte de su interior. Ver al extraño, temer al extraño, odiar al extraño, matar al extraño. Su pecho se alzó, aspirando aire a través de un despellejado cuello. Agarró una viga entera, la partió por la mitad y empezó a mover rápidamente la madera, dura como el acero.

La criatura que estaba más cerca cayó con la cabeza destrozada. La siguiente con la espalda rota. La tercera fue arrojada con las costillas deshechas sobre una cuarta y se desplomaron juntas. Joe empezó a reír. Aquello empezaba a resultar divertido.

—¡Yeeow! ¡Tigre! —Corrió por encima del hielo hacia la manada. Las criaturas se desperdigaron, aullando. Estuvo cazándolas hasta que la última desapareció en la selva.

Jadeando, Joe observó a las muertas. El mismo sangraba, estaba dolorido, tenía frío y hambre, y su refugio había sido destrozado... ¡pero las había vapuleado! Tuvo un repentino impulso de golpearse el pecho y gritar. Vaciló un momento. ¿Por qué no? Anglesey levantó la cabeza y aulló victoria bajo el sombrío amparo de Ganímedes.

Al rato empezó a trabajar. Primero, hacer un fuego, al abrigo de la astronave, que ya no era más que un montón de óxido. La manada de monstruos, habituada a la oscuridad y al terreno accidentado, no se había ido definitivamente, volvería.

Despedazó un anca de una de las muertas y probó un trozo. Excelente. Y sería mejor cocinada adecuadamente. ¡Hey! ¡Habían cometido un gran error mostrando su existencia! Acabó el desayuno mientras Ganímedes se desvanecía bajo las heladas montañas de occidente. Amanecería pronto. El aire casi había cesado y una bandada de planas espumaderas celestes, como Anglesey las llamaba, pasaba por encima, un color cobrizo en los pálidos inicios del amanecer.

Joe revolvió por entre las ruinas de su refugio hasta que recuperó el equipo de fundición de agua. No estaba dañado. Esa era la primera medida de trabajo, fundir algo de hielo y verterlo en los moldes del hacha, cuchillo, sierra y martillo, que tan laboriosamente había construido. Bajo las condiciones jovianas, el metano era un líquido que se poda beber y el agua un denso mineral pesado, que haría buenas herramientas. Más tarde intentaría amalgamarla con otros materiales.

Lo siguiente... sí. Al infierno con el refugio, podía dormir al aire libre otra vez por algún tiempo. Hacer un arco, colocar trampas, estar preparado para masacrar a las orugas negras cuando volvieran al ataque. Había una quebrada no lejos de allí, bajando un largo camino hacia los helados estratos de hidrógeno metálico: Una verdadera nevera natural, un lugar para almacenar la cantidad de carne que en varias semanas le proporcionarían sus enemigos. Esto le permitiría tener tiempo libre para... ¡Oh, para un infierno de cosas!

Joe rió alborozado y se recostó para ver la salida del sol.

Ello le redescubrió lo agradable que era este lugar. Contemplar como el centelleo débilmente brillante del sol se deslizaba sobre los bancos de niebla de un color púrpura oscuro y veteados de rosa y oro; contemplar como la luz crecía hasta que el gran arco cóncavo del cielo se convirtió en agudo resplandor; contemplar como la luz se desparramaba cálida y vivificante sobre una amplia y exuberante tierra, los dos millones y medio de kilómetros cuadrados de intrincadas selvas bajas, agitados lagos y surtidores de hidrógeno; y contemplar, contemplar, contemplar como las montañas heladas del oeste ¡brillaban como acero azulado!

Anglesey llenó sus pulmones del agreste viento matinal y gritó con alegría infantil.

—No soy un biólogo —dijo Viken cautelosamente—. Pero quizá por esa razón puedo darle una impresión general mejor. Luego López o Matsumoto podrán aclararle algunos detalles.

—Excelente —asintió Cornelius—. ¿Por qué no se convence de mi total ignorancia del proyecto? Realmente casi es así, usted lo sabe.

—Si usted lo quiere —rió Viken.

Estaba en otra oficina de la sección de xenobiologia. No había nadie más por allí, dado que el reloj de la estación señalaba las 17,30 GMT y sólo había un turno. No había razón para más, hasta que la mitad de la empresa de Anglesey hubiera empezado a proporcionar efectivamente datos cuantitativos.

El físico se inclinó y tomó un pisapapeles de un escritorio.

—Uno de los muchachos se entretuvo haciendo esto —dijo—, pero es un modelo muy bueno de Joe. Mide alrededor de metro y medio hasta la cabeza.

Cornelius dio vueltas en sus manos a la figura plástica. Podía definirse como un centauro felino dotado de una gruesa cola prensil... El torso era rechoncho, largos brazos y poderosos músculos; la pelada cabeza era redondeada, nariz dilatada, ojos grandes y hundidos, poderosa mandíbula... Pero era un rostro perfectamente humano. El color predominante era el gris azulado.

—Macho, ya veo —señaló.

—Por supuesto. Quizá usted no lo entienda. Joe es el pseudojoviano completo: Tanto, que podemos llamarlo el último modelo, con todos los defectos corregidos. El es la respuesta a una pregunta que precisó de cincuenta años para plantearse.

—Viken miró de reojo a Cornelius—. ¿Se hace cargo, pues, de la importancia de su trabajo?
—Lo haré lo mejor que sepa —contestó el psionicista—. Pero si... supongamos que el fallo del oscilador, u otra causa, les hace perder a Joe antes de que yo resuelva el problema de la fluctuación. ¿Tienen otros pseudojovianos en reserva?
—Oh, sí —dijo pensativamente Viken—. Pero el coste... No contamos con un presupuesto ilimitado. Tenemos mucho dinero porque es costoso construir y desarrollar esto lejos de la Tierra. Pero por la misma razón nuestro margen es corto.
Apretó las manos dentro de los bolsillos y caminó cabizbajo hacia la puerta interior, los laboratorios, hablando en voz baja pero deprisa.
—Quizá no sepa el tipo de planeta de pesadilla que es Júpiter. No sólo la gravedad en la superficie, algo menos de tres gravedades, sino también el potencial gravitacional, diez veces el de la Tierra. La temperatura, la presión. Y, sobre todo, la atmósfera y las tormentas, y la oscuridad!
«Cuando una nave espacial desciende a la superficie de Júpiter, lo hace mediante control de radio; la nave rezuma como un colador, para compensar la presión, y por otra parte es el modelo más estudiado, más poderoso, que nunca se haya diseñado. Contiene todo instrumento, todo servomecanismo, todo dispositivo de seguridad que la mente humana haya podido idear para proteger un equipo de precisión de un millón de dólares. ¿Y qué ocurre? La mitad de las naves no pueden alcanzar la superficie en modo alguno. Una tormenta las atrapa y acaba con ellas, o chocan con algún trozo flotante de Hielo Siete (la versión reducida de la Mancha Roja), o, para concluir, al pasar por entre una bandada de pájaros golpean a uno ¡y les abre un boquete! En cuanto al cincuenta por ciento que logran llegar, es un viaje sólo de ida. Ni siquiera intentamos hacerlas regresar. Si, descendiendo, la presión no ha estropeado nada, la corrosión las condena a muerte en cualquier caso. El hidrógeno a presión joviana hace cosas divertidas a los metales.
Instalar a Joe allí abajo costó un total de cerca de cinco millones de dólares. Cada pseudojoviano que siga costará, siendo afortunados, un par de millones más.
Viken abrió de un puntapié la puerta y entró primero. Al otro lado había una gran sala de techo bajo, poco iluminada y con zumbantes ventiladores. A Cornelius le recordó un laboratorio nuclear; por un momento dudó del porqué, luego reconoció los intrincados mecanismos de control remoto, observación a distancia, paredes conteniendo fuerzas que podían destruir toda la luna.
—Esos los necesitamos a causa de la presión, por supuesto —dijo Viken, señalando una hilera de protectores—. Y para el frío. Y para el mismo hidrógeno, accidentalmente. Tenemos aquí reunidas las condiciones duplicadas de la, esto, estratosfera joviana. Aquí empezó realmente todo el proyecto.
—He oído algo sobre eso. ¿Recogió esporas de la atmósfera?
—Yo no. —Viken amagó la risa—. La tripulación de la Tottí lo hizo, hace unos cincuenta años, y probó que había vida en Júpiter. Una vida con el metano líquido como disolvente básico y con el amoníaco sólido como un punto de partida para la síntesis nítrica: las plantas usan la energía solar para formar compuestos de carbono no saturados, liberando hidrógeno; los animales comen las plantas y reducen de nuevo esos compuestos a la forma saturada.

Hay incluso un equivalente a la combustión. Las reacciones abarcan complejas enzimas y... bueno, está fuera de mi campo.
—Entonces, la bioquímica joviana está muy estudiada.
—Si. Incluso en la época de la Totti tenían una tecnología biótica altamente desarrollada. La bacteria terrestre ya había sido sintetizada y muchas estructuras genéticas estaban bastante bien descritas. Si se empleó tanto tiempo en esquematizar el proceso de vida joviano fue debido únicamente a dificultades técnicas, alta presión, etc.
—¿Cuándo obtuvo una visión efectiva de la superficie de Júpiter?
—Gray trabajó en eso, hace alrededor de treinta años. Colocó una cámara de televisión en una nave que funcionó lo bastante para enviarle una serie de fotos en buenas condiciones. Desde entonces, la técnica ha mejorado. Sabemos que Júpiter tiene sus propias y misteriosas formas de vida, probablemente mucho más ricas que las terrestres. Deduciendo a partir de los micro organismos de las esporas atmosféricas, nuestro equipo hizo pruebas sintéticas con metazoos y ...—Viken suspiró—. ¡Maldita sea, si sólo hubiera vida inteligente nativa! Piense en la información que podrían facilitarnos, Cornelius, los datos, los... Piense únicamente cuán lejos hemos ido desde Lavoisier, con la química de baja presión de la Tierra. Aquí hay una oportunidad de aprender una química y una física de alta presión, igualmente ricas como mínimo!
—¿Está seguro de que no hay jovianos?—murmuró astutamente Cornelius al cabo de un momento.
—Oh, seguro: Puede haber varios millones —Viken se encogió de hombros—. Ciudades, imperios, todo lo que quiera. Júpiter tiene un área superficial de un centenar de Tierras, y sólo hemos visto una docena de pequeñas regiones. Pero sabemos que no usan radio. Considerando su atmósfera, es inverosímil que puedan inventarla nunca ellos mismos: Imagine lo gruesa que una lámpara de vacío debería ser, ¡y la poderosa bomba que se precisaría! Por ello se decidió finalmente que haríamos nuestros propios jovianos.
Cornelius le siguió a través del laboratorio hacia otra habitación. Era menos desordenada, tenía una apariencia más completa; el desorden del experimentador había cedido paso a la precisión del ingeniero.
Viken se acercó a uno de los tableros de mando que se alineaban en las paredes y observó sus indicaciones.
—Tras este yace otro pseudojoviano —dijo—. Una hembra, en este caso. Está a una presión de doscientas atmósferas y a una temperatura de setenta y nueve grados bajo cero. Hay un... una disposición umbilical, como supongo la habría llamado usted, para mantenerla viva. Se hizo adulta en este, eh, estado fetal: Modelamos a nuestros jovianos según el mamífero terrestre. Ella nunca ha estado consciente, no lo estará hasta que «nazca». Tenemos un total de veinte machos y sesenta hembras esperando aquí. Podemos calcular que alrededor de la mitad llegarán a la superficie. Pueden crearse más cuando haga falta: Los pseudos no son caros, lo es su transporte. Es por eso que Joe vive allí solo, hasta que nos aseguremos que su raza puede sobrevivir.
—Creí entender que primero experimentaron con formas inferiores —dijo Cornelius.
—Es; cierto. Empleamos veinte años, incluso con técnicas de catálisis forzada, en pasar de esporas artificiales hasta Joe. Hemos utilizado el impulso parapsicológico para controlar todo desde pseudoinsectos en adelante. El control interespecies es posible, como sabe, si el sistema nervioso del

gobernado está diseñado deliberadamente para ello y si se evita la posibilidad de que pase a un modelo diferente del operador.
—¿Y Joe es el primer espécimen que ha creado problemas?
—Sí.
—Elimina una hipótesis. —Cornelius tomó asiento en un banco de trabajo, columpiando las gruesas piernas y pasando una /mano por su escaso cabello amarillo rojizo—. Suponía que quizá algún efecto físico de Júpiter era el responsable. Ahora parece que la dificultad es con el mismo Joe.
—Todos hemos sospechado mucho eso—repuso Viken. Encendió un cigarrillo y dio una larga bocanada. Sus ojos estaban sombríos—. Es duro entender cómo. Los ingenieros bióticos me informaron que Pseudocentaurus sapiens había sido diseñado más cuidadosamente que ningún otro producto de la evolución natural.
—¿Incluso el cerebro?
—Sí. Está modelado directamente a partir del humano, para hacer posible el mando por impulsos psi, pero con mejoras... estabilidad superior.
—Aún tenemos los aspectos psicológicos, con todo —dijo Cornelius—. A pesar de todos nuestros amplificadores y otros artificios fantásticos, la parapsicología es en esencia una rama de la psicología, incluso hoy... o tal vez a la inversa. Consideremos experiencias traumáticas. Creo que... ¿El feto adulto joviano ha de soportar un descenso difícil?
—La nave sí —replicó Viken—. No el mismo pseudo, que viaja dentro de un fluido tal como usted antes de nacer. —Aún así —prosiguió Cornelius—, la presión de doscientas atmósferas aquí no es la misma que cualquier inimaginable presión que exista en Júpiter. ¿Puede dañar el cambio?
Viken lo miró con respeto. —Probablemente no —contestó—. Tal como le dije, las naves J son diseñadas para rezumar. La presión externa se transmite al, este, mecanismo uterino a través de una serie de diafragmas, en una forma gradual. El descenso dura horas, ya lo sabe.
—Bien. ¿Qué ocurre después? —continuó Cornelius—. La nave toma tierra, el mecanismo uterino se abre, la conexión umbilical se desprende y Joe, podríamos decir, ha nacido. Pero tiene un cerebro adulto. No está protegido por el cerebro infantil, sólo medio desarrollado, contra el choque que repentinos nuevos conocimientos puedan producirle.
—Pensamos en eso —dijo Viken—. Anglesey estaba en el control psi, en fase con Joe, cuando la nave despegó de esta luna. De forma que no fue Joe realmente quien desembarcó, el que percibió. Sólo puede sufrir choque mental en la medida que lo haga Ed, ¡porque es Ed el que está allí abajo!
—Si usted lo dice... —contestó Cornelius—, Sin embargo, ¿no estarán planeando una raza de títeres? ¿No?
—No, ¡cielos! —replicó Viken—. No se debe pensar en ello. Una vez sepamos que Joe está bien establecido, conseguiremos algunos proyectistas más y le daremos alguna asistencia en forma de otros pseudos. Finalmente enviaremos hembras, y machos no controlados que serán educados por los otros. Una nueva generación nacerá normalmente... Bien, en cualquier caso, el objetivo ulterior es una pequeña civilización de jovianos. Habrá allí cazadores, mineros, artesanos, granjeros, amas de casa, todos los oficios. Tendrán algunos miembros clave, una especie de clero. Y este clero estará controlado a través de proyectores, tal como Joe; existirá exclusivamente para hacer herramientas,

tomar lecturas, ejecutar experimentos, ¡é informarnos de lo que deseamos saber!
Cornelius asintió. En general, esto era él proyecto joviano tal como lo había entendido. Pudo apreciar la importancia de su propia asignación. Pero no tenía ningún indicio de la causa de esa realimentación positiva en los osciloscopios. ¿Y qué podía hacer al respecto?
Sus manos todavía estaban magulladas. Oh, Dios, pensaba con un gemido por centésima vez, ¿me afecta tanto? Mientras Joe luchaba allí, ¿realmente golpeé mis puños contra el metal aquí?
Sus ojos recorrieron iracundos la habitación, parándose sobre el banco donde Cornelius trabajaba. El no hizo como Cornelius, apestoso gordo chupa cigarrillos, hablando y hablando sin cesar. Había renunciado a ser amable con aquella lombriz.
El psionicista abandonó un destornillador y dobló los entumecidos dedos. ¡Buf! Sonrió.
—Voy a tomarme un descanso —dijo. Apenas recobrado, el proyectista se estremeció de asco cuando aquella figura de sapo se acurrucó en el banco. Anglesey detestaba la simple idea de alguien compartiendo esta sala, ni siquiera unas cuantas horas al día. Hacía poco tiempo que pedía le trajeran la comida aquí y que se la dejaran al otro lado de la puerta del cuarto de baño contiguo. Bastantes veces no había salido. ¿Y por qué hacerlo?
—¿No puede darse un poco de prisa?—estalló Anglesey.
Cornelius se sonrojó.
—Si usted tuviera una máquina de repuesto preparada, en lugar de partes sueltas... —empezó a decir. Encogiendo los hombros levantó una colilla y volvió a encenderla cuidadosamente; el tabaco le debía durar un largo tiempo.
Anglesey deseó saber si aquellas pestilentes nubes de humo eran lanzadas maliciosamente. No me gustas, Señor Terrestre Cornelius; y el sentimiento es indudablemente mutuo.
—Obviamente no hay necesidad de otra, hasta que el otro proyectista llegue —contestó Anglesey con voz hosca—. Y el informe de prueba de los instrumentos señalaba que este se hallaba en perfecto estado.
—Con todo —dijo Cornelius—, a intervalos irregulares cae en repentinas fluctuaciones que cortocircuitan el osciloscopio. El problema es el porqué. Le entregaré esta nueva máquina tan pronto como esté dispuesta, pero, sinceramente, no creo que el fallo resida en la parte electrónica en absoluto, ni en efectos físicos desconocidos.
—¿Entonces dónde? —Anglesey se sentía más tranquilo cuando la discusión giraba meramente en torno a cuestiones técnicas.
—Verá. ¿Qué es exactamente el osciloscopio? El corazón del proyector: Amplifica sus impulsos psiónicos naturales, los utiliza para modular la onda portadora, y envía el impulso completo a Joe. También recoge los impulsos de Joe y los amplifica para usted. Todo lo demás son circuitos auxiliares.
—Puede ahorrarse la conferencia —refunfuñó Anglesey.
—Sólo estaba repasando lo obvio —repuso Cornelius—, porque de vez en cuando lo obvio es la respuesta difícil de hallar. Tal vez no es el oscilador lo que falla. Tal vez es usted.
—¿Qué? —La pálida cara le miró con la boca abierta. Un creciente furor se deslizó por sus débiles huesos.

—Nada personal, por supuesto —dijo Cornelius precipitadamente—. Pero ya sabe que el subconsciente es una bestia tramposa. Suponga, sólo como una hipótesis de trabajo, que allí lejos usted no quiere estar en Júpiter. Imagina que es un ambiente más bien terrorífico. O puede haber implicados algunos oscuros elementos freudianos. O, simple y naturalmente, su subconsciente puede no entender que la muerte de Joe no implica la suya propia.
—Hum. —Mirabile dictu, Anglesey permaneció tranquilo. Acarició su barba con una esquelética mano—. ¿Puede ser más explícito?
—No demasiado —replicó Cornelius—. Su mente consciente envía una señal motora a Joe junto con el impulso psi. Simultáneamente, su subconsciente, asustado, emite las señales glandulares, vasculares, cardíacas y viscerales que están asociadas con el miedo. Estas reaccionan sobre Joe, cuya tensión es transmitida, con el impulso psi, de vuelta aquí. Sintiendo los síntomas somáticos del miedo de Joe, su subconsciente se asusta todavía más, aumentando en consecuencia los síntomas. ¿Lo capta? Es exactamente igual a la neurastenia normal, pero con una diferencia: Puesto que aquí hay implicado un amplificador poderoso, el osciloscopio, las oscilaciones pueden hacerse incontrolables en un segundo o dos. Puede estar agradecido de que el aparato cortocircuite... ¡En caso contrario lo haría su cerebro!
Por un instante Anglesey no dijo nada. Luego rió. Fue una carcajada feroz. A Cornelius le pareció que sus tímpanos iban a reventar.
—Una buena idea —afirmó el proyectista—. Pero temo que no encaja con todos los datos. Mire, me gusta estar allí abajo. Me gusta ser Joe.
Calló durante unos segundos, y luego continuó en un tono seco e impersonal.
—No puede juzgar aquel ambiente a partir de mis informes. Hay estúpidas cosas como estimaciones de la velocidad del viento, las variaciones de temperatura, características minerales... insignificancias. Lo que yo no puedo explicar es cómo ve Júpiter la mirada penetrante de un joviano.
—Diferente, diría yo —aventuró Cornelius tras un amplio silencio.
—Sí y no. Es difícil explicarlo con palabras. Algunas cosas no puedo relatarlas, porque el hombre no ha inventado los conceptos. Pero... oh, no puedo describirlo. Shakespeare mismo no pudo. Únicamente recuerde que todo lo que sobre Júpiter es frío, venenoso y tétrico para nosotros, es perfecto para Joe.
Anglesey varió el tono de su voz, como si hablase para él mismo.
—Imagine un paseo bajo un cielo violeta resplandeciente, con grandes nubes relampagueantes cubriendo la tierra de sombras y lluvia a su paso. Imagine un paseo por las faldas de una montaña como de metal pulido, con una limpia llama roja que estalla por encima suyo y la tierra temblando. Imagine una fresca corriente salvaje, y pequeños árboles con oscuras flores cobrizas, y un salto de agua (o de metano, como quiera) brincando sobre un risco, y la poderosa fuerza del viento agitando la espuma llena de arcos iris. Imagine una selva inmensa, oscura y exhúberante, y por todas partes se vislumbra un intermitente fuego fatuo rojo pálido, que es la irradiación viva de algún animal veloz asustadizo, y... y...
Anglesey quedó en silencio. Clavó la vista en sus magullados puños y después cerró fuertemente los ojos. Las lágrimas surgieron entre los párpados.
—¡Imagine que es fuerte!
Repentinamente asió el casco, lo ajustó en su cabeza e hizo girar los botones de mando. Joe había estado durmiendo, allí en la noche, pero estaba a punto

de despertar y... ¿rugir bajo las cuatro grandes lunas hasta que toda la selva le temiera?
Cornelius abandonó en silencio la habitación.
Con la bronceada luz del ocaso, bajo oscuras formaciones nubosas amenazando tormenta, caminó a grandes zancadas por la falda de la colina con la satisfacción del trabajo hecho. En su espalda, dos cestos unidos equilibrando el peso, uno cargado de fruta negra y puntiaguda de un árbol espinoso y otro con gruesas enredaderas que servirían como cuerdas. El hacha que llevaba al hombro reflejaba cegadoramente la decreciente luz solar.
No había sido un trabajo duro, pero la fatiga se apoderaba de su mente y no le gustaban las tareas domésticas aún por realizar; cocinar, limpiar y todo lo demás. ¿Por qué no se daban prisa y le conseguían algunos ayudantes?
Sus ojos miraron resentidamente al cielo. Luna Cinco estaba oculta; aquí abajo, en el fondo del océano atmosférico, no se veía nada, excepto el sol y los cuatro satélites galileos. Ni siquiera estaba seguro de dónde debía estar Luna Cinco ahora, respecto a él mismo. Espera, está anocheciendo aquí, pero si fuera al observatorio vería Júpiter en su cuarto menguante, o... ¡demonio!, sólo empleamos medio día terrestre en dar una vuelta alrededor del planeta, de todos modos...
Joe agitó su cabeza. Después de todo este tiempo, era aún condenadamente duro, algunas veces, mantener sus pensamientos en orden. Yo, el esencial Yo, estoy arriba en el cielo, conduciendo Júpiter V entre estáticas estrellas. Recuerda eso. Abre tus ojos, si lo deseas, y mira la inerte sala de mando sobrepuesta sobre una ladera.
No lo hizo, sin embargo. En lugar de ello, observó los guijarros esparcidos y decolorados por el viento sobre el abundante musgo de la ladera. No eran abundantes como las rocas de la Tierra, ni el suelo bajo sus pies era como el humus terrestre.
Por un momento Anglesey especuló sobre el origen de los silicatos, aluminatos y otros compuestos pétreos. Teóricamente, todos estos materiales estarían inaccesibles en el núcleo de Júpiter, tan profundos como para que la presión permitiera a los átomos contraerse. Sobre el núcleo yacerían millares de formas alotrópicas del hielo y luego el estrato de hidrógeno metálico. No deberían existir minerales tan complejos por encima, pero así era.
Bien, posiblemente Júpiter se hubiera formado de acuerdo con la teoría, pero después de eso había absorbido bajo su inmenso campo gravitatorio el volumen suficiente de polvo cósmico, meteoros, gases y vapores como para formar una corteza de varios kilómetros de espesor. O más probablemente la teoría estaba completamente equivocada. ¿Qué sabían, qué podían saber, los débiles y descoloridos gusanos de la Tierra?
Anglesey introdujo sus dedos, los de Joe, en la boca, y silbó. Se oyó un aullido en los matorrales y dos formas ocultas saltaron hacia él. Hizo una mueca mostrando los dientes y acarició sus cabezas; el adiestramiento progresaba tan velozmente como había esperado, con estos cachorros de oruga negra que había cogido. Serían para él guardianes, pastores y siervos.
En la cresta de la colina, Joe se estaba construyendo un hogar. Había limpiado una buena extensión de tierras y erigido una empalizada. Dentro tenía ya un colgadizo para él, sus despensas, un pozo de metano y los principios de una espaciosa y confortable cabaña.

Pero había demasiado trabajo para un sólo individuo. Incluso ayudándole las semi inteligentes orugas y con reserva de comida fría, la mayor parte de su tiempo lo necesitaba todavía para cazar. Y no podía seguir así; aproximadamente en un año debía empezar tareas agrícolas. Un año de Júpiter, doce años de la Tierra, pensó Anglesey. Debía terminar y amueblar la cabaña; quería instalar una noria de agua, no, de metano, en el río, para hacer funcionar alguna de las muchas máquinas que tenía en mente; quería experimentar con hielo amalgamado y...

Y, totalmente aparte de su necesidad de ayuda, ¿por qué permanecía solo, como la única criatura pensante de un planeta entero? Era un macho en este cuerpo, con instintos de macho... A largo plazo, su salud se resentiría si seguía como un ermitaño, y precisamente ahora todo el proyecto dependía de la salud de Joe.

¡Era un error!

Pero no estoy solo. Hay cincuenta hombres conmigo en el satélite. Puedo hablar con cualquiera de ellos, siempre que quiera. Pero raramente lo quiero. Preferiría ser Joe.

En cualquier caso... Yo, el inválido, siento toda la fatiga, furor, daño, frustración, de esa maravillosa máquina biológica llamada Joe. Los otros no lo entienden. Cuando los huracanes de amoníaco despellejan su piel, soy yo el que sangra.

Joe se sentó sobre el suelo, suspirando. Los colmillos asomaron en la boca de la negra bestia que se encorvó para lamer su cara. Su estómago gruñó de hambre, pero estaba demasiado cansado para preparar algo de comer. Cuando tuviera adiestrados a sus compañeros...

Otro pseudo podría ser educado así mucho más ventajosamente.

Casi pudo verlo, en la oscuridad penosa de su cerebro. Allí abajo, en el valle, rayos y truenos cuando la nave tomara tierra. Y el huevo de acero abriéndose y los brazos de acero, ya desmoronándose, ¡miserable trabajo de gusanos!, sacando el cuerpo y dejándolo en la superficie.

Ella se agitaría, chillando en su primera bocanada de aire, mirando alrededor con necios y desconcertados ojos. Y Joe vendría y la llevaría a su hogar. La alimentaría, la cuidaría, la enseñaría a andar... No emplearía mucho tiempo, un organismo adulto aprendería esas cosas muy rápidamente. En pocas semanas incluso hablaría, sería un individuo, un alma.

¿Pensaste alguna vez, Edward Anglesey, cuando tú también hablabas, que tu esposa sería un monstruo gris de cuatro patas?

No importaba eso. Lo importante era tener otros de su raza allí, hembras y machos. El miserable plan de la estación le haría esperar otros dos años terrestres y luego le enviarían sólo otra imitación como él, una despreciable mente humana con ojos que pertenecían legalmente a un joviano. ¡No podía tolerarse!

Si no estuviera tan cansado...

Joe se sentó. El sueño le estorbaba. El no estaba fatigado, era Anglesey, Anglesey, su faceta humana, quien durante meses había dormido solo a ratos y cuya paz había sido finalmente interrumpida por Cornelius... Era el cuerpo humano el que se consumía, se entregaba y enviaba ondas y ondas de sueño, con el impulso, a Joe.

Tensión somática viajó hacia el cielo; Anglesey se despertó de golpe.

Blasfemó. Cuando se sentó bajo el casco, la vivacidad de Júpiter se debilitó, su concentración se disipó como si mirara algo transparente; la cárcel de acero

que era su laboratorio cobró cuerpo tras él. Estaba perdiendo el contacto. Rápidamente, con la habilidad de la experiencia, se volvió a poner en fase con las corrientes nerviosas del otro cerebro. Deseó adormecimiento para Joe, tal como un hombre podría desear dormirse él mismo.
Y, como cualquier otro insomne, falló. El organismo de Joe estaba demasiado hambriento. Joe se levantó y caminó a lo largo de la empalizada hacia su despensa.
El osciloscopio fluctuó alocadamente y se apagó.
La noche anterior a la partida de la nave, Viken y Cornelius se acostaron tarde. Realmente no fue una noche, por supuesto. En doce horas la pequeña luna daba la vuelta a Júpiter, de la oscuridad otra vez a la oscuridad, y podría haber perfectamente un pequeño sol pálido cuando los relojes indicaban que era la medianoche en Greenwich. Pero la mayor parte del personal estaba durmiendo a esa hora.
—No me gusta. —Viken hablaba ceñudo—. Un cambio de planes demasiado rápido. Es muy aventurado.
—Sólo arriesga... ¿cuántos?... tres machos y una docena de hembras pseudos —replicó Cornelius.
—Y quince naves J. Todas las que tenemos. Si la idea de Anglesey fracasa, pasarán meses, un año o más hasta que podamos tener construidas otras y reanudemos la inspección atmosférica.
—Pero si resulta —dijo Cornelius—, no necesitará ninguna nave J, salvo para llevar allí más pseudos. Usted estará demasiado ocupado valorando datos de la superficie como para perder el tiempo con la capa superior de la atmósfera.
—Naturalmente. Pero nunca lo pensamos tan pronto. Estábamos intentando conseguir más proyectistas para gobernar algunos pseudos más...
—Pero no se necesitan —afirmó Cornelius. Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente, mientras buscaba cuidadosamente las palabras—. No durante un tiempo, al menos. Joe ha llegado a un punto en el que, dándole ayuda, puede saltar por encima de varios cientos de años de historia; incluso puede tener un radio de corto alcance en un futuro razonablemente cercano, lo que eliminaría la necesidad de buena parte de la observación. Pero sin ayuda, sólo puede ir pasando el tiempo. Y es una tontería hacer ejecutar trabajo manual a un proyectista altamente entrenado, que es el tipo de trabajo que los otros pseudos necesitan actualmente. Una vez bien asentada la base joviana se pueden enviar, ciertamente, más títeres.
—Sin embargo —persistió Viken— el problema es: ¿Puede Anglesey educar al mismo tiempo a todos esos pseudos? Estarán desamparados como niños durante algunos días. Pasarán semanas antes de que empiecen realmente a pensar y actuar por ellos mismos. ¿Puede cuidarse Joe de ellos mientras tanto?
—Tiene comida y combustible para varios meses —contestó Cornelius—. En cuanto a la capacidad de Joe... hum... solo podemos tomar la opinión de Anglesey. El tiene la única información.
—Y una vez esos jovianos se conviertan en personalidades —dijo con preocupación Viken—, ¿seguirán necesariamente los pasos de Joe? No olvide que los pseudos no son copias idénticas. La ley de la ambigüedad asegura a cada uno genes distintos. Si sólo hay una mente humana en Júpiter, entre todos esos alienígenas...

—¿Una mente humana? —Apenas se le oyó. Viken abrió la boca interrogativamente. Cornelius se apresuró—. Oh, estoy seguro de que Anglesey podrá seguir dominándolos. Su propia personalidad es más bien... formidable.
—¿Realmente piensa eso? —Viken parecía alarmado.
—Sí —asintió el psionicista—. En las pasadas semanas lo he observado más que nadie. Y naturalmente mi profesión me orienta más hacia los factores psicológicos que al organismo o a sus hábitos. Usted ve un inválido colérico. Yo, una mente que ha reaccionado a su disminución física desarrollando tal actividad infernal, tal poder de concentración inhumano, que casi me asusta. Dele a esa mente un cuerpo sano y nada le será imposible. —Quizá esté en lo cierto en eso —murmuró Viken tras una pausa—. No importa. La decisión está tomada, los cohetes descenderán mañana. Espero que todos lleguen.
Hizo otra pausa. El zumbido de los ventiladores en su pequeña habitación parecía extrañamente ruidoso y los colores de la foto de la niña en la pared chocantemente vivos.
—Jan, diría que usted ha estado más bien callado. ¿Cuándo espera terminar su propio proyector e iniciar las pruebas? —preguntó Viken.
Cornelius miró a su alrededor. La puerta seguía abierta a un vacío pasillo, pero se puso en pie y la cerró.
—Ya estaba lista en los últimos días —contestó, haciendo una ligera mueca—. Pero no lo diga a nadie.
—¿Cómo es eso? —Viken se levantó. El movimiento, a gravedad baja, le hizo saltar de la silla y precipitarse sobre la mesa que había entre los dos hombres. Se retiró y esperó.
—Hice algunos cambios no muy meditados —dijo Cornelius—, pero, esperaba un momento altamente emocional, en el que estuviera seguro de que toda la atención de Anglesey se concentrara sobre Joe. Mañana, precisamente, será el momento adecuado.
—¿Por qué?
—Verá, estoy totalmente convencido de que el problema con la máquina es psicológico, no físico. Creo que, por alguna razón oculta en su subconsciente, Anglesey no quiere tener experiencias en Júpiter. Un conflicto de ese tipo podría perfectamente hacer fluctuar un circuito amplificador psiónico.
—Hum. —Viken acarició su barba—. Puede ser. Ed ha ido cambiando mucho en los últimos tiempos. Cuando llegó aquí por primera vez era muy irascible, pero ocasionalmente jugaba alguna partida de poker. Ahora está tan ensimismado que nunca puedes verle. No había pensado ninguna vez en eso, pero... sí, por Dios, Júpiter debe estar afectándole.
Cornelius asintió. No hizo una mención detallada... no mencionó, por ejemplo, un episodio poco normal en su conjunto en el que Anglesey intentó describir lo que experimentaba un joviano.
—Naturalmente —dijo meditabundo Viken—, otras personas no fueron afectadas anteriormente en particular. Ni lo fue Ed al principio, mientras controlaba todavía tipos inferiores de pseudos. El cambio ha tenido lugar únicamente a partir de que descendiera a la superficie del planeta.
—Sí, sí —afirmó vivamente Cornelius—. Lo sabemos perfectamente. Pero con eso no conseguimos nada...
—No. Espere. —Viken habló en voz baja y apresurada, profundamente concentrado—. Por vez primera empiezo a ver claro esto. Verdaderamente no

me detuve nunca antes para analizarlo, simplemente lo acepté. Hay algo extraño en Joe. No puede relacionarse con su conformación física, ni con el ambiente, porque formas inferiores no crearon este problema. ¿Puede ser el hecho de que Joe es el primer títere en la historia con una inteligencia potencialmente humana?
—Especulamos en el vacío —opinó Cornelius—. Mañana, quizá, podré contestarle. Ahora no sé nada.
—¡Un momento! —Viken se levantó de repente. Sus ojos pálidos miraron fijamente al otro hombre, sin parpadear.
—¿Si? —Cornelius permaneció medio levantado—. Rápido, por favor. Apenas tengo tiempo para dormir.
—Usted sabe más de lo que ha dicho. ¿Cierto?
—¿Qué le hace pensar así?
—Usted no es el mejor mentiroso del universo. Y así, argumenta vigorosamente a favor de la idea de Anglesey, enviando a otros pseudos. Más vigorosamente que lo haría un recién llegado.
—Ya le dije: quiero que se concentre en otra parte cuando...
—¿Tan urgentemente? —interrumpió Viken.
Cornelius calló por un instante. Luego suspiró y volvió a sentarse.
—Está bien —dijo—. Confío en su discreción. Mire, dudaba respecto a como reaccionaria el personal más veterano de la estación. Es por eso que no quería divulgar mis especulaciones, que pueden estar equivocadas. Hechos probados, sí, los informaré; pero no deseo atacar las creencias de un hombre con una simple teoría.
—¿Qué diablos pretende decir? —Viken le miró ceñudo.
Cornelius aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo.
—Júpiter V es más que una estación de investigación —dijo despacio—: Es una forma de vida. ¿Me equivoco? Nadie vendría aquí ni siquiera de paso a menos que el trabajo fuera importante para él. Quienes vuelven a enrolarse deben encontrar algo en el trabajo, algo que la Tierra con todas sus riquezas no puede proporcionarles. ¿No?
—Sí —respondió Viken, casi en un susurro—. No creía que lo entendiera tan bien. ¿Pero qué tiene que ver con esto?
—No quiero afirmarlo, a menos que consiga pruebas, pero quizá todo esto se ha hecho para nada. Tal vez han gastado sus vidas y bastante dinero y deban hacer el equipaje para regresar.
El alargado rostro de Viken quedó estático. Parecía congelado.
—¿Por qué? —pudo preguntar con bastante calma.
—Considere a Joe —expuso Cornelius—. Su cerebro tiene tanta capacidad como el de cualquier humano adulto. Ha estado grabando cada dato sensitivo que le llegaba, desde que «nació», estableciendo una memoria en él mismo, en sus propias células, no simplemente en la memoria física de Anglesey aquí arriba. Como usted sabe, también un pensamiento es un dato sensitivo. Y los pensamientos no están separados por brillantes carriles ferroviarios; forman un campo continuo. Cada vez que Anglesey está en conexión con Joe, y piensa, el pensamiento se traslada tanto por las células nerviosas de Joe como por las de él mismo... y cada pensamiento produce sus propias asociaciones, que quedan igualmente grabadas. Del mismo modo, si Joe está construyendo una cabaña, la forma de los troncos podría recordar a Anglesey alguna figura geométrica, que sucesivamente le traería a la memoria el teorema de Pitágoras...

—Entiendo la idea —dijo Viken cautelosamente—. Con el tiempo, el cerebro de Joe habrá almacenado todo lo que pudiera haber en el de Ed.
—Correcto. Entonces, un sistema nervioso en activo con un método de acumulación de experiencia, en este caso un sistema nervioso no humano... ¿no es una definición lo bastante buena de una individualidad? —¡Supongo que sí, buen Dios! —exclamó Viken—. ¿Pretende decir que Joe... se está adueñando de su mente?
—En cierta manera. De una forma sutil, mecánica, inconsciente. —Cornelius respiró profundamente antes de proseguir—. El pseudojoviano es una forma de vida casi perfecta: Los biólogos aplicaron en él toda la experiencia extraída de los errores de la naturaleza al crearnos a nosotros. Al principio, Joe era únicamente una máquina biológica a control remoto. Luego, Anglesey y Joe se convirtieron en dos facetas de una sola personalidad. Y más tarde, muy lentamente, el organismo más fuerte, más sano... con más amplitud en sus pensamientos... ¿comprende? Joe se está transformando en la faceta dominante. Como en este asunto de enviar más pseudos. Anglesey piensa solo que tiene razones lógicas para hacer eso: En realidad, sus «razones» son simples racionalizaciones de los deseos instintivos de la faceta de Joe.
»E1 subconsciente de Anglesey debe entender la situación, en una forma refleja confusa; debe sentir su ego humano gradualmente sometido a la fuerza agobiante de los instintos de Joe y de los deseos de Joe. Intenta defender su propia identidad y es aplastado por la fuerza superior del propio y naciente subconsciente de Joe.
»Lo he explicado crudamente —acabó en tono de disculpa—, pero ello sería la causa de esas fluctuaciones en los osciloscopios.
Viken asintió, lentamente, como un anciano.
—Sí, lo entiendo —respondió—. El extraño ambiente allí abajo... la diferente estructura cerebral... ¡Buen Dios! ¡Ed devorado por Joe! ¡El maestro se convierte en títere! —Parecía enfermo.
—Sólo son especulaciones mías —afirmó Cornelius. De repente se sintió muy fatigado. No le había gustado hacerle esto a Viken, al que apreciaba—. Pero entiende el dilema, ¿no? Si estoy en lo cierto, todo proyectista se convertirá gradualmente en joviano, en un monstruo con dos cuerpos, de los que el humano es el auxiliar. Esto significa que ningún proyectista querrá nunca gobernar a un pseudo...y, por tanto, el fin del proyecto.
»Lo siento, Arne. —Se levantó—. Me hizo explicarle lo que pienso y ahora no podrá dormir con la preocupación. Y es posible que esté equivocado y se preocupe por nada.
—No tiene importancia —musitó Viken—. Tal vez no esté equivocado.
—No lo sé. —Cornelius se dirigió hacia la puerta—. Voy a intentar hallar varias respuestas mañana. Buenas noches.
El inmenso estruendo del estallido de los cohetes, explosión tras explosión, despegando impetuosamente de sus plataformas, había concluido ya. Ahora, la flota se deslizaba sobre alas metálicas, con los pistones hidráulicos secundarios trabajando, a través del furor de la atmósfera joviana.
Cuando Cornelius abrió la puerta de la sala de mando, observó el tablero indicador. En otra parte una voz informaba a todas las dependencias, una nave perdida, dos naves perdidas, pero Anglesey no dejaría que ningún sonido entrara llevando puesto el casco. Un técnico servicial había colocado como pudo un tablero de luces, quince rojas y quince azules, sobre el proyector de

Cornelius, para mantenerle informado. Ostensiblemente, por supuesto, estaban allí sólo para provecho de Anglesey, aunque el proyectista había insistido en que no las miraría.
Cuatro de las luces rojas estaban apagadas, de forma que otras cuatro azules ya no brillarían para indicar un aterrizaje sin daño. Un tifón, un rayo, un meteoro de hielo flotante, una bandada de pájaros gigantes con carne tan densa y dura como el acero... Podían ser un centenar de causas las que habían arruinado cuatro naves y las habían lanzado como guiñapos sobre las selvas mortales.
¡Infiernos, cuatro naves! Cuatro criaturas vivientes, con un cerebro excelente que podía rivalizar con el de cualquier hombre, condenadas primero a años de noche inconsciente y luego, no despertando sino por un instante infinitésimo, despedazadas en sangrientas astillas contra una montaña de hielo. La dureza destructiva de aquello formaba un nudo frío en el estómago de Cornelius. Había que hacerlo, sin duda, si se quería tener vida consciente en Júpiter; pero luego, pensaba, que se desarrolle rápida y mínimamente, ¡para que la próxima generación surja del amor y no de las máquinas!
Cerró la puerta tras él y esperó un instante sin respirar. Anglesey era una silla de ruedas y una cobriza silueta de casco, encarado en la pared opuesta. Ni un movimiento, sin enterarse de nada. ¡Dios! Sería embarazoso, tal vez desastroso, que Anglesey supiera que le estaban observando. Pero no ocurría jamás. Estaba ciego y sordo a causa de su propia concentración.
A pesar de todo, el psionicista movió su gruesa mole con cuidado, cruzando la habitación hacia el proyector nuevo. No le gustaba mucho su papel de fisgón, no lo habría asumido si hubiera visto otro medio. Pero tampoco le hacía sentirse especialmente culpable. Si lo que sospechaba era verdad, Anglesey estaba siendo transformado, inadvertidamente, en algo inhumano; espiarle podría significar salvarlo.
En silencio, Cornelius activó los contadores y encendió el aparto. El osciloscopio construido en la máquina de Anglesey le dio con exactitud el ritmo inicial del otro hombre, su reloj biológico básico. Primero uno se ajusta a eso, luego se descubren perceptivamente los elementos más sutiles, y cuando el ajuste está enteramente en fase uno puede comprobar que no ha sido descubierto y...
Averiguar qué fallaba. Leer el torturado subconsciente de Anglesey y ver que había en Júpiter que lo atraía y aterrorizaba.
Cinco naves perdidas.
Pero deben estar a punto de llegar. Tal vez sólo cinco se perderán en total. Quizá diez lo consigan. Diez camaradas para... ¿Joe?
Cornelius suspiró. Observó al inválido, ciego y sordo para el mundo humano que le había tullido, y sintió pena y cólera. No era justo, nada de aquello lo era.
Ni siquiera para Joe. Joe no era ningún tipo de diablo devorador de almas. El incluso no se daba cuenta de que era Joe, que Anglesey empezaba a ser un simple apéndice. El no había pedido que lo crearan, y eliminarle su contrapartida humana muy posiblemente lo destruiría.
Como fuera, siempre había castigos para todo el mundo cuando los hombres sobrepasaban los límites razonables.
Calladamente, Cornelius se maldijo. Debía trabajar. Se sentó y colocó el casco en su propia cabeza. La onda portadora hizo un pulso descendente, inaudible, el temblor de las neuronas bajo su conciencia. No podía explicarse.

Esforzándose, volvió al ritmo inicial de Anglesey. El suyo propio tenía una frecuencia algo más baja; era necesario guiar las señales a través de un proceso heterodino. Aún no había recepción. Bien, naturalmente debía averiguar la forma exacta de la onda; el timbre era tan básico para el pensamiento como para la música. Ajustó lentamente los cuadrantes, con sumo cuidado.

Algo emergió en su conciencia, una visión de negras nubes en un cielo rojo violeta, un viento que soplaba a través de una inmensidad sin horizontes... lo perdió. Sus dedos temblaban cuando regresó.

El impulso psi entre Joe y Anglesey se ensanchó. Cornelius entró en el circuito. Miró a través de los ojos de Joe; estaba en una colina y observaba el cielo sobre las montañas de hielo, esforzándose en localizar señales del primer cohete. Y simultáneamente era todavía Jan Cornelius, viendo borrosamente los contadores, buscando emociones, símbolos, cualquier llave que , abriera la puerta del terror en el alma de Anglesey.

El terror aumentó y le golpeó en la cara.

La detección psiónica no consiste en una escucha pasiva. Igual que un receptor de radio es necesariamente también un transmisor débil, el sistema nervioso, en resonancia con una fuente de energía espectro psiónica, está emitiendo él mismo. Normalmente, por supuesto, este efecto no tiene importancia; pero cuando se hacen pasar los impulsos, de una u otra forma, a través de un montaje heterodino y amplificador, con una elevada realimentación negativa...

En los primeros tiempos, la psicoterapia psiónica se invalidó a causa de que los pensamientos amplificados de un hombre, entrando en el cerebro de otro, se combinaban con los ciclos neurales propios del segundo, de acuerdo con leyes vectoriales normales. El resultado era que ambos hombres sentían las nuevas frecuencias de choque como una horrorosa confusión de sus pensamientos reales. Un analista, entrenado en el autocontrol, podía soportarlo; su paciente no, y reaccionaba violentamente.

Pero finalmente los timbres básicos humanos fueron medidos y la terapia psiónica quedó rehabilitada. El proyector mental moderno analizó una señal de entrada y transfirió sus características al modelo del escucha. Los pulsos realmente diferentes del cerebro transmisor, los que posiblemente no podían transferirse al modelo de las neuronas receptoras (de la misma forma que una señal exponencial no puede prácticamente asociarse con una sinusoidal), esos fueron filtrados.

Así compensado, el otro pensamiento podía ser percibido tan cómodamente como el propio. Si el paciente estaba dentro del circuito, un operador hábil podía sintonizar con él sin que necesariamente lo advirtiera. El operador podía averiguar los pensamientos del otro hombre o implantarle los suyos.

El plan de Cornelius, obvio para cualquier psionicista, se había basado en eso. Recibiría de un inconsciente Anglesey-Joe. Si su teoría era correcta y la personalidad del proyectista se estaba pervirtiendo en la de un monstruo, su pensamiento sería demasiado extraño como para atravesar los filtros. La recepción sería débil o nula. Si su teoría era incorrecta, y Anglesey seguía siendo Anglesey, recibiría únicamente una corriente humana normal y podría analizar otros factores posibles causantes del problema.

¡Su cerebro rugió!

¿Qué me ocurre?

Por un instante, la interferencia que pareció destrozarle el cerebro le llenó de pánico. Jadeó, bajo el aire joviano; sus desagradables compañeros sintieron su extrañeza y gruñeron.
Luego, reconocimiento, recuerdo, y una llamarada de ira tan grande que no dejó lugar para el miedo. Joe llenó sus pulmones y empezó a gritar fuertemente, provocando ecos en la colina.
—¡Fuera de mi mente!
Sintió a Cornelius al borde de la inconsciencia. La irresistible fuerza de su golpe mental había sido excesiva. Sonrió, aunque más bien era un gruñido, y aflojó la presión.
Por encuna, entre nubes atronantes, centelleó la tenue llama descendente del primer cohete.
La mente de Cornelius, a tientas, intentó actuar. Rompió una superficie acuosa, la entrada se cerró y sus manos se alargaron hacia los mandos, para desconectar su máquina y huir.
—No tan rápido, usted. —Espantosamente, Joe emitió una señal de mando que paralizó a Cornelius—. Quiero saber que significa esto. ¡No se mueva y déjeme observar!
Emitió certeramente un impulso que podía interpretarse tal vez como un agudo interrogante. Los recuerdos se abrieron paso a través del lóbulo frontal del psionicista.
—Ya. ¿Eso es todo? —prosiguió Joe—. ¿Pensaba que tenía miedo de venir aquí y ser Joe, y quería saber el porque? ¡Ya le dije que no!
Le creí —susurró el pensamiento de Cornelius.
—Bien, salga del circuito, pues. —Joe continuó hablando verbahnente—. Y no vuelva nunca a la sala de mando, ¿entiende? Dedíquese al osciloscopio o no haga nada, no quiero verle otra vez. Y puedo ser un inválido, pero todavía puedo dominarle. Ahora vayase, déjeme solo. La primera nave está al llegar.
¿Un inválido? ¿Usted, Joe Anglesey?
—¿Qué? —La gran bestia grisácea de la colina agitó su terrible cabeza como si de repente hubiera oído trompetas—. ¿Qué pretende decir?
¿No lo entiende? —dijo el débil y ser peante pensamiento—. Usted sabe como funciona el proyector. Sabe que yo podría haber inspeccionado la mente de Anglesey en él cerebro de Anglesey sin delatar mi presencia. Y sabe que no podría haberme introducido de ninguna forma en una mente completamente inhumana, porque los filtros no habrían permitido que pasara una señal así. No obstante, no tardó ni una décima de segundo en localizarme. Eso soto puede significar una mente humana en un cerebro no humano.
»Usted ya no es el tullido de Júpiter V. Usted es Joe: Joe Anglesey.
—Bien, estoy condenado —dijo Joe—. Es cierto.
Apartó a Anglesey, expulsó de su mente a Cornelius con un simple y brutal impulso, y descendió por la colina hacia la nave espacial.
Cornelius despertó minutos después, con el cráneo como si fuera a estallarle. Buscó a tientas el interruptor principal, lo cerró, se quitó el casco y lo arrojó al suelo. Pero necesitó reponer fuerzas un momento para hacer lo mismo con Anglesey. El otro hombre era incapaz de hacerlo por sí mismo.
Se sentaron fuera de la enfermería y esperaron. Era una sala austeramente iluminada, un desperdicio de metal y plástico, que olía a antisépticos; cerca del corazón del satélite, varios kilómetros bajo tierra para ocultar la terrible faz de Júpiter.

Sólo Viken y Cornelius se hallaban en aquella agobiante salita. El resto de la estación trabajaba en sus tareas mecánicamente, ocupando el tiempo hasta que pudieran saber lo que había ocurrido. Tras la puerta, tres biotécnicos, al mismo tiempo el cuerpo médico de la estación, luchaban por salvar la vida de aquella cosa que había sido Edward Anglesey.
—Nueve naves llegaron —dijo sin alegría Viken—. Dos machos y siete hembras. Suficiente para crear una colonia.
—Genéticamente sería preferible tener más —señaló Cornelius. Hablaba en voz baja, a pesar de su alegría interior. Había algo terrible en todo aquello.
—Todavía no lo entiendo —dijo Viken.
—Oh, está muy claro... ahora. Yo podría habérmelo imaginado antes, quizá. Teníamos todos los hechos, pero simplemente no hicimos la interpretación sencilla y obvia de ellos. No, debíamos conjurar al monstruo de Frankenstein.
—Bien —dijo ásperamente Viken—, hemos acabado con Frankenstein, ¿no? Ed está muriéndose ahí dentro.
—Depende de lo que entienda por muerte. —Cornelius aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo. Necesitaba cualquier cosa que pudiera serenarle. Su tono de voz era calculadoramente impersonal—. Escuche. Considere los datos. Primero, Joe: Una criatura con un cerebro de capacidad humana, pero sin mente... Una tabula rasa de Locke perfecta para que el impulso psi de Anglesey actuara sobre ella. Deducimos, correcta y confusamente, que cuando hubiera actuado lo bastante surgiría una personalidad. Pero el problema era: ¿De quién? Porque, presumimos, supongo que a partir del natural miedo humano a lo desconocido, que cualquier personalidad en un organismo tan extraño debía ser monstruosa. Por tanto debía ser hostil a Anglesey, le destrozaría...
La puerta se abrió. Ambos hombres se pusieron en pie.
El cirujano jefe agitó la cabeza.
—Inútil. Un típico shock traumático intenso, cerca del final ya. Si tuviéramos mejores medios, tal vez...
—No —dijo Cornelius—. No puede salvar a un hombre que ha decidido no vivir.
—Lo sé. —El doctor se quitó la máscara—. Necesito un cigarrillo, ¿tienen?
—Sus manos temblaron ligeramente cuando Viken se lo dio.
—¿Cómo pudo él... decidirlo? —El físico apenas podía hablar—. Ha estado inconsciente desde que Jan lo apartó de... esa cosa.
—Ya estaba decidido antes —dijo Cornelius—. Es un hecho: Esa masa sobre la mesa de operaciones no tiene una mente, en absoluto. Lo sé. Yo estuve allí. —Se estremeció levemente. Una densa inyección de tranquilizantes era todo lo que mantenía apartada la pesadilla. Posteriormente debería olvidar aquello.
El doctor mantuvo por un momento el humo del cigarrillo en sus pulmones para exhalarlo luego violentamente.
—Supongo que esto es el fin del proyecto —dijo—. Nunca conseguiremos otro proyectista.
—Yo diría que no lo necesitamos. —La voz de Viken sonó colérica—. Voy a terminar con ese ingenio del diablo yo mismo.
—¡Un momento! —exclamó Cornelius—. ¿Es que no lo entiende? Esto no es el final, ¡es el principio!
—Debo volver —interrumpió el doctor. Apagó su cigarrillo y cruzó la puerta, que se cerró lúgubremente tras él.
—¿Qué quiere decir? —prosiguió Viken en tono de oposición.

—¿No querrá comprenderlo? —bramó Cornelius—. Joe tiene todos los hábitos de Anglesey, todos sus pensamientos, recuerdos, prejuicios, intereses. Sí, claro, un cuerpo distinto y un ambiente diferente... que ocasionan algunos cambios, pero no más de los que cualquier hombre podría soportar sobre la Tierra. Si usted se curara repentinamente de una enfermedad muy agotadora, ¿no se pondría quizá un poco violento y rudo? No hay nada raro en ello. Ni es anormal querer estar sano... ¿no? ¿Me entiende?
Viken tomó asiento y durante un rato permaneció callado.
—¿Está diciendo que Joe es Ed? —dijo por fin, lenta y cuidadosamente.
—O que Ed es Joe. Como más le guste. El se llama Joe ahora, creo que como símbolo de libertad, pero sigue siendo él, ¿Qué es el ego sino la continuidad de la existencia?
»El mismo no entendió por completo esto. Lo único que sabía es que en Júpiter era fuerte y feliz; así me lo dijo y yo lo creía. ¿Por qué fluctuaba el osciloscopio? ¡Un síntoma de histeria! El subconsciente de Anglesey no temía estar en Júpiter... ¡Temía regresar!
»Y después, hoy, lo escuché, Por el momento todo su ser estaba concentrado en Joe. Es decir, la fuente primaria de libido era el cuerpo viril de Joe, no el tullido de Anglesey. Esto significaba un modelo diferente de impulsos: No demasiado extraños para atravesar los filtros, pero lo suficiente para provocar una interferencia. De forma que descubrió mi presencia. Y entendió lo que ocurría, igual que yo.
«¿Sabe cuál fue su última sensación cuando me expulsó de su mente? Nada de ira. El es rudo, pero todo lo que sentía entonces era felicidad.
»¡Yo sabía la fuerte personalidad que Anglesey tiene! ¿Qué me hizo pensar que un cerebro desarrollado como el de Joe podría vencerla? Ahí dentro, los doctores... ¡bah! ¡Están intentando salvar a un monigote que ha sido rechazado porque es inservible!
Cornelius calló. Su garganta estaba demasiado irritada para hablar. Paseó por la sala mientras fumaba, pero sin dejar pasar el humo más allá de su boca. —Bien. —Viken reanudó la conversación al cabo de algunos minutos—. Usted sabía... tal cómo dijo, estuvo allí. ¿Qué hacemos ahora? ¿Cómo ponernos en contacto con Ed? ¿Estará siquiera interesado en que lo hagamos?
—Claro, naturalmente —dijo Cornelius—. Todavía sigue siendo el mismo, recuérdelo. Ya que no tiene ninguna de las frustraciones del inválido, será más amable. Cuando la novedad de sus nuevos amigos se disipe, deseará poder hablar con alguien semejante a él.
—¿Y precisamente con quien dirija a otro pseudo? —preguntó sarcásticamente Viken—. ¡Por mi parte estoy muy contento con mi pellejo, gracias!
—¿Era Anglesey el único inválido sin esperanzas de la Tierra? —preguntó a su vez Cornelius con toda tranquilidad.
Viken se quedó con la boca abierta.
—Y también hay hombres envejeciendo —siguió diciendo el psionicista, medio para sus adentros—. Algún día, amigo mío, cuando usted y yo sintamos encima los años y nos demos cuenta de que hay muchas cosas que nos gustaría aprender... quizá nosotros también disfrutaremos de un tiempo extra de vida en un organismo joviano. —Se inclinó hacia su cigarro—. Un tipo de vida dura, vigorosa, violenta... peligrosa, agitada, turbulenta... pero una vida como ningún humano, tal vez, haya vivido desde los tiempos de Isabel I. Sí, claro, habrá pequeños problemas para encontrar jovianos.

Giró la cabeza cuando el cirujano salió de nuevo.
—¿Y bien? —gruñó Viken.
—Todo ha terminado —dijo al tiempo que se sentaba. Esperaron un momento, embarazosamente. —Extraordinario —afirmó el doctor. Buscó un cigarrillo que no tenía. Silenciosamente, Viken le ofreció uno—. Extraordinario. He visto estos casos anteriormente. Es gente que simplemente renuncian a la vida. Pero este es el primero que he visto morirse riendo... riendo todo el rato.